

El Mundo de las Aventuras

➤ Año I. ♦ Núm. 3 ◀



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ESPAÑA

Un año (con la novela)... 12'50 ptas.
Un semestre " " " 6'50 " "
Número suelto " " " 0'25 " "

PORTUGAL

Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, octubre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 3.º
de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO

Un año (con la novela)... 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales

EXTRANJERO

Un año (con la novela). 18 ptas.



VIAJE Á LA TIERRA DEL FUEGO.—Un entierro en Patagonia

SUMARIO

Viaje á la Tierra del fuego.—Tropas alpinas francesas.—Correr para vivir (*conclusión*).—El primer buque de vapor.—El Correo de Lyon (*conclusión*).—Guerra á muerte (*continuación*).—Siniestra visita.—Noticias.

VIAJE A LA TIERRA DEL FUEGO

EN EL PAÍS DE LOS PATAGONES

I

Hoy que se conmemora el IV.º Centenario del descubrimiento de América, oportuno es dar á conocer uno de los más curiosos é importantes países del Nuevo Continente; curioso por la población que lo habita y por sus raras costumbres, é importante porque precisamente en la Patagonia se encuentra el paso que Colón buscaba para llegar á las Indias, yendo hacia Poniente: hallazgo reservado á Magallanes y á sus compañeros Juan Serrano, Sebastián Elcano y otros ilustres navegantes.

La Patagonia pertenece hoy á Chile, y el gobernador de la colonia reside en Punta Arenas, situada sobre el estrecho de Magallanes, al E. de la península llamada de Brunswick. Hasta 1877 el gobierno chileno envió allí á los penados; por manera que Punta Arenas era, ante todo, una penitenciaría; pero habiendo estallado una rebelión que causó muchas desgracias se suprimió dicho establecimiento. Desde entonces han acudido allí muchos suizos, que se dedican á la cría de ganados, á la preparación de salazón y de tasajo, á la pesca de focas y á la extracción de oro, contando hoy la población más de 2,000 habitantes. Sirve igualmente Punta Arenas de punto de escala á los vapores que cruzan por el estrecho de Magallanes, ora para proveerse de carbón y de víveres (carne fresca ó salada, vino, harina, azúcar, café, etc.), á precios relativamente baratos, ora para desembarcar géneros destinados á Europa ó al país mismo. Según he oído decir, casi todos los barcos de vela del Masnou (población inmediata á Barcelona) navegan hoy por aquellos mares, habiéndolos adquirido los colonos de la Patagonia.

A todo lo largo de la costa meridional, esto es, en la costa este del estrecho, se ven hermosas granjas, en las cuales no solamente se encuentran muchas comodidades, sino hasta verdadero lujo, debido á los grandes beneficios que alcanzan aquellos colonos.

Los indígenas son nómadas y viven de la caza; moran bajo tiendas hechas de estacas cubiertas de pieles de guanajos; son buenos jinetes, musculosos, robustos, y están dotados de bastante memoria é inteligencia. Sus estancias se extienden desde Río Negro al estrecho.

Sus costumbres son muy singulares: si una mujer da á luz un hijo póstumo y fallece, es menester que alguien adopte al recién nacido, siendo éste, en caso contrario, enterrado vivo con su madre.

Celébrase particularmente la época en que la niña

se convierte en mujer. Cuando eso ocurre, los padres participan la fausta nueva á sus amigos y parientes, y empiezan los preparativos para la fiesta. Las mujeres construyen una especie de tienda cubierta de telas de colores chillones, donde la doncella deberá retirarse por espacio de un día y una noche, sin comer ni beber, rodeada por un círculo de casadas que entonan una monótona canción. El padre, por su parte, tiene que obsequiar con una gran comilona á los invitados. El menú es todo de carne de yegua, y se separa el cuero más hermoso de las yeguas sacrificadas, entregándose á las comadres, que lo adornan con dibujos, estando destinado á sábana de la joven. Por la noche hay gran bailoteo, en que sólo toma parte el sexo feo, terminando la juerga con una borrachera colosal.

El matrimonio reviste la antigua forma de una venta, sin que el amor tenga nada que ver en ello. Cuando un joven patagón le echa el ojo á una doncella patagónica empieza por buscarse un protector para que se sirva practicar las diligencias necesarias para el casamiento. Si se trata de una pobre, las negociaciones son fáciles, pero no así en caso de tratarse de una ricachona, pues hay que hacer regalos á todos los parientes de la chica, y á veces los tales obsequios cuestan un sentido: caballos, arneses, espuelas, cinturones, pipas, etcétera. Verificado el enlace, celébrase una juerga como la que hemos dicho es de rigor en la época de la nubilidad; la esposa se queda en casa de sus padres, pero teniendo el marido libertad de verla cuando quiere, y hasta que ha nacido el primer hijo no viven en choza propia.

Cuando muere un patagón se le mete en un cuero de caballo y se le cose dentro. Todos sus caballos son sacrificados, matándolos con un lazo corredizo, y todos los objetos del difunto,—excepto los de plata y algunos utensilios de caza que, juntamente con algunos víveres y agua, deben ser enterrados con él,—son arrojados á una hoguera, al compás del ingrato canturreo de las patagónicas. Un año después, la familia puede retirar el cadáver de la fosa.

Los entierros se verifican secretamente para que no vaya alguien á robar las alhajas que son sepultadas con el cadáver.

Los patagones creen en un espíritu que llaman *Boliche*, á quien atribuyen sus males. Pocos patagones hay,—dice un autor,—que no posean una carabina y un revólver; pero sólo se sirven de ellos para combatir el espíritu del mal. Sucede á menudo que enferman un indio ó una india: suponen entonces que es el *Boliche*, que ha entrado en su casa. Al punto se da el alerta, y allí de tiros, de gritos y de imprecaciones hasta que *Boliche* ha tomado las de Villadiego. Raro es que en tales *expulsiones* no caigan muertos ó heridos de un balazo tal cual patagón humano ó caballar; pero en tal caso se le echa la culpa del desaguisado á *Boliche*.

Los patagones cazan el guanajo y el avestruz, aprovechándose del cuero del primero y de las plumas del otro, que cambian en Punta Arenas por víveres ó por duros; *objetos* que tienen por la belleza suma.

(Se continuará)

TROPAS ALPINAS

En la probabilidad de una guerra, que afortunadamente parece de cada día más aplazada, han creado Francia é Italia un cuerpo especial llamado de *cazadores alpinos*, apoyado á su vez por otro cuerpo, también especial, de artillería de montaña. Dícese que lo mejor que tienen los italianos, tocante á ejército, son sus cuarenta batallones de *bersaglieri* (tiradores) alpinos.

Fortificó Italia formidablemente la cima de Monte Genevro, que domina la carretera de Turín, y cubrió de reductos todas las alturas que median entre dicho punto y la frontera francesa. Francia, por su parte, levantó otros reductos fronterizos, y el ministro decretó la formación de batallones regionales, destinados á la guarnición de dichas obras y á la defensa de los Alpes.

Las tropas alpinas francesas usan un uniforme adecuado á su función: amplia cazadora, pantalón con polainas, boina, y en lugar de capote una capa con capuchón. Además, interiormente, un jersey y faja de franela. Dos cartucheras, una delante y otra detrás, una pala al lado derecho, guantes de lana muy gruesos y un *alpenstock* (bastón con diversas piezas para trepar por la montaña) que se desmonta y puede meterse en la mochila, completan el equipo.

Oblígase á esas tropas á ejercitarse en terreno de montaña, á cuyo efecto se les enseña á no preocuparse más que de sobrellevar las fatigas inherentes á todas las bajadas y subidas. Se les hace evitar los caminos trillados y en su lugar se les ejercita en los escalos de las rocas, en el paso de los torrentes, en el rodeo de los precipicios, y por lo mismo no hay que decir si será menester que los soldados sean ágiles y vigorosos, y los oficiales decididos é iniciadores. El *alpenstock* sirve á esos cazadores para ayudarse en sus arriesgadas maniobras, empleándolo á guisa de garrocha para salvar torrentes, y, en caso necesario, puede, gracias á la horquilla en que termina, servir de punto de apoyo al fusil para arreglar mejor el tiro.

¡Quiera Dios que por durante largos años no tengan esas tropas alguna otra ocupación que la de hacer gimnasia teórica! Pero, aun así, tienen que deplorarse con mucha frecuencia lastimosos fallecimientos ocasionados por caídas, así de italianos como de franceses.

la cual se debió renunciar, al fin, por las contrariedades surgidas en la última expedición emprendida por dicho viajero, á quien dejaremos aquí la palabra.

«Mi primera intención,—dice,—había sido llegar hasta el Eiger y la Jungfran desde los Alpes de Wengern antes de separarme de mi amigo Whitwell, que se proponía ir á Zermatt. Pocas esperanzas abrigaba yo de ver realizados mis deseos; mas tal era el entusiasmo de mi amigo, que resolví emprender la expedición, pensando que tal vez sería más afortunado que en otras ocasiones.

»En su consecuencia, en la noche del 2 de julio, mis amigos Fox y Whitwell y yo nos reunimos en la famosa posada del Wengern Scheideck, donde se nos agregaron los guías Cristián Lauener y su hermano Ulric, enviados á llamar por Whitwell. Allí se acordó emprender la marcha á la mañana siguiente, conviniéndose en que, si los guías ó nosotros creyéramos durante la ascensión que el estado de la nieve hacía probable el desprendimiento de avalanchas, desistiríamos de la excursión. La nieve había desaparecido con singular rapidez de las pendientes más bajas, descargándose de continuo de los altos niveles en incesantes avalanchas desde nuestra llegada á Grindelwald, el 30 de junio, lo cual parecía favorable; pero de todos modos estábamos resueltos á no cometer ninguna imprudencia.

»Saliendo de nuestro cómodo alojamiento entre tres y cuatro de la madrugada del 3, comenzamos á faldear desde luego la cadena de montañas que se elevan desde el desfiladero hasta la cumbre del Falbbo-denhubel; y avanzando siempre en dirección sudeste, nos encontramos en el lindero del valle ocupado por el glaciar de Eiger.

»Durante el corto rato que nos detuvimos en aquel punto, observamos que nos seguían de cerca otros expedicionarios, y á los pocos minutos reuniéronse con nosotros Cristián Audner, su hijo y un portador, que debían acompañar, á la mañana siguiente, á nuestros amigos miss Brevoort y Mr. Coolidge. Estimulados por nuestro ejemplo, proponíanse adelantarse á nosotros en su exploración, preparándonos así el camino.

»Pasando por el glaciar, completamente oculto por las nieves, nos despedimos de dichos viajeros, que debían avanzar por la derecha para seguir el brazo sur, separado de nuestra línea de marcha por la mole pedregosa que descende del Klein Eiger. El afluente norte del glaciar se prolongaba entre la base de dicha mole y el Rothstock, diente de roca que se destaca atrevidamente de la arista occidental del Eiger mismo, á la izquierda. Las porciones superior é inferior de este mar de hielo están divididas hasta cierto punto, cuando menos hacia el brazo derecho de Rothstock, por una barrera rocosa (*stufé*) que no presenta, sin embargo, ninguna dificultad. Manteniéndonos, pues, á la izquierda, afortunadamente, según se demostró después, y costeano las rocas del Rothstock para desviarnos cuanto fuese posible de la línea de cualesquiera avalancha, avanzamos resueltamente, aunque pensando que la nieve estaba mucho más blanda de lo que convenia á tan temprana hora.

»Estábamos casi enfrente del punto más alto del

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

CORRER PARA VIVIR

(Conclusión)

II

LA AVALANCHA

La siguiente relación se encuentra en el *Diario Alpino*, y nada necesitamos añadir á ella, pues lo escribió uno de los principales héroes de la aventura: Mr. Tuckett.

Solamente advertiremos aquí que este viajero había emprendido una desgraciada campaña en los Alpes en 1870 (desgraciada por causa del mal tiempo), á

Rothstock, cuyas rocas, formando una especie de bahía en dirección de la cuerda del arco que seguimos, en aquel momento distaban unas cien varas de nosotros. Ulrico Lauener iba delante guiando, seguido de mis compañeros Whitwell, Cristián y Fox, formando



Tipo de mujer patagónica

yo á retaguardia. Aun no se había apelado á las cuerdas, muy providencialmente para nosotros, pues hubiera entorpecido nuestros movimientos. La mañana se presentaba sombría; eran las cinco, poco más ó menos, y había bastante luz para franquear con seguridad las suaves pendientes hasta llegar á la base del Eiger.

»En el punto que acabábamos de alcanzar teníamos el Eiger enfrente, formando las rocas su porción inferior, aunque del todo ocultas por considerables masas de nieve, que casi llenaban los espacios entre los tramos escalonados, comunicando al conjunto un aspecto muy diferente del que presenta en julio. Más arriba veíase la magnífica arista occidental de nieve que se corría formando un ángulo agudo hasta la cumbre. Desde esta última descende una segunda arista, siguiendo la dirección sudoeste hasta el Klein Eiger, á unos 1,600 pies más abajo, y la prolongación de estas dos aristas es la que forma los límites del brazo norte del glaciar de Eiger. Encerrada por ellas, y en el hueco ó ángulo reentrante que hay entre las cimas del Eiger mayor y el menor, descende bruscamente una considerable masa de glaciar, terminando en una enorme roca de hielo ó *nevé* de 250 á 300 pies de elevación, que parece como suspendida á la altura de 2,000 pies más arriba del glaciar de Eiger. Se comunica con este último por una especie de galería ó corredor muy profundo, interrumpido acá y allá por rocas, y que se ensancha gradualmente en forma de un inmenso embudo, hasta que al fin desemboca en el valle principal, hacia el que nos dirigíamos.

»He dicho que Ulrico iba delante: debo añadir que era algo duro de oído y que había padecido mucho de

la vista, por lo cual no era ésta tan buena como la que se requiere para guiar á los viajeros por las alturas, donde importa mucho reconocer al instante todo sonido ó movimiento que se produzcan.

»Acabábamos de salvar una pendiente, cuando de pronto parecióme oír un crujido sobre mi cabeza; ó más bien: estaba seguro de ello. Todos mis compañeros habían levantado la cabeza, excepto Ulrico, que sin duda no advirtió el hecho de pronto. Un instante después vimos desprenderse una considerable masa, al parecer, pedregosa, mezclada con nieve, de las pendientes superiores. Todos mirábamos con la mayor atención, y creo que durante algunos segundos nadie experimentó la menor inquietud, figurándose todos, sin duda, que iban á ver el paso de algún ligero alud.

»La mole desprendida, sin embargo, era inmensa y avanzaba con irresistible ímpetu; pero hasta que hubo recorrido una distancia de 600 á 800 pies, arrollándolo todo á su paso y extendiéndose como una nube sobre las principales pendientes pedregosas, no pude formar idea del peligro que nos amenazaba.

»En aquel instante, sin embargo, observé que su volumen era enormemente mayor de lo que yo pensaba, y que, con el espantoso aumento que á cada segundo adquiría, era muy posible que, en vez de bajar por la derecha entre nosotros y las rocas del Klein Eiger, se precipitara á través de la base del glaciar mismo, frente al cual nos hallábamos, y alcanzando el pie del Rothstock barriese toda la superficie de aquél, envolviéndonos á nosotros.

»¡Qué escena de horror! ¡Qué angustiosa impresión experimenté ante aquel espectáculo, que me pareció la visión de la muerte! Maquinalmente dirigí la vista á las rocas del Rothstock para ver si por fortuna ha-



Patagón

bría aún tiempo de escapar de aquella destrucción inminente, y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

»—¡Sálvese quien pueda!

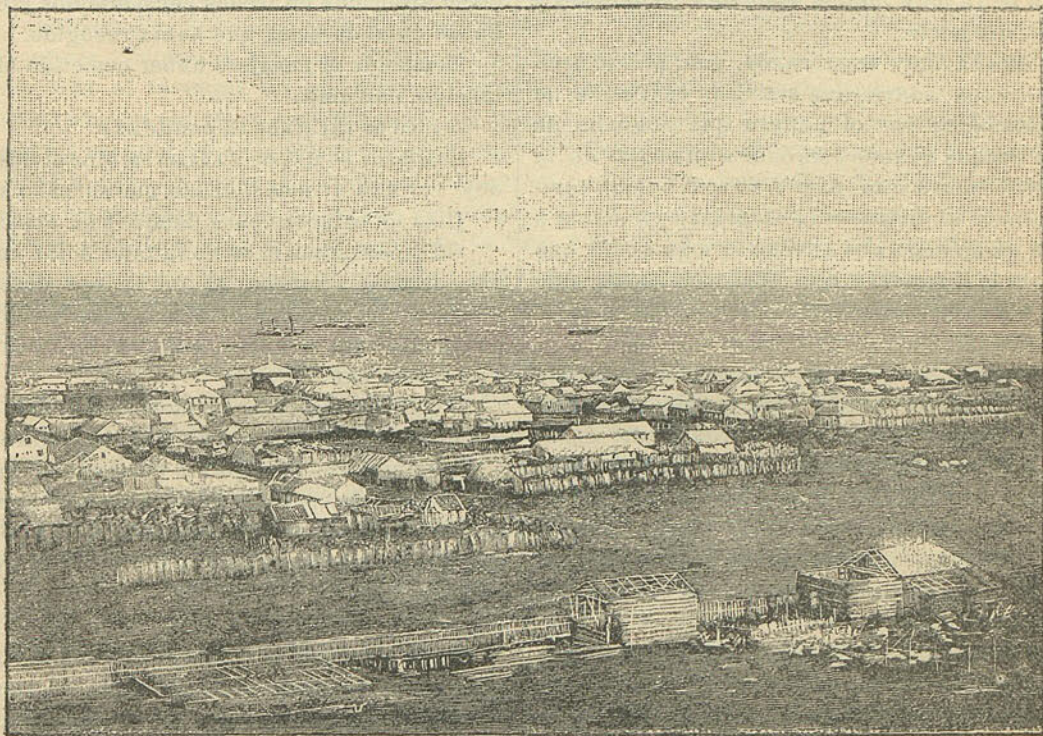
»Ulrico fué el último en alarmarse, aunque era el que estaba más cerca del peligro, habiéndose quedado ocho ó diez pasos detrás de nosotros; pero también gri-

tó á Whitwell que huyera para salvar la vida, apenas se hubo dado cuenta de nuestra crítica situación. En aquel momento avanzábamos desesperada y trabajosamente, hundiéndonos en la nieve blanda, preocupados sólo por la idea de salvar la vida; pero, como de común acuerdo, todos mirábamos á las alturas para observar el movimiento de la tremenda mole. Por un instante ocurrióme la idea de que la avalancha, segura de su presa, se burlaba de nosotros, haciéndonos creer unas veces que podíamos escapar y demostrándonos otras, al inclinarse hacia la derecha, que iba á destruirnos de un momento á otro.

»Pero, entretanto, la terrible mole acercábase más y más, semejante á inmensa ola que lo arrolla todo á su

sucedér, pues no exagero al decir que todo esto no duró más de cinco ó seis segundos. Para imaginar cuán milagrosa fué nuestra salvación, bastará decir que el sitio donde me detuve un instante para mirar atrás después de haber pasado la mole, resultó hallarse solamente á unas doce varas de la línea que aquélla siguió, y no creo que nos alejáramos más de unas veinte del punto donde comenzamos á correr.

»En cuanto á Ulrico, su salvación fué verdaderamente providencial, pues había quedado algo rezagado de nosotros, y el torrente helado pasó tan cerca de él que algunos fragmentos le lastimaron las piernas. El guía estaba á pocas varas detrás de nosotros, y cuando la avalancha se detuvo, su borde, borrando



Punta Arenas (Patagonia)

paso. De pronto vemos que acaba de franquear toda la anchura del glaciar, más arriba del sitio donde estábamos, siguiendo una dirección algo diagonal; pero después, ¡tremenda visión!, observamos con espanto que se precipita con inusitada violencia en dirección á nosotros, cada vez más amenazadora é implacable.

»Un momento después ya no vemos nada: todo es confusión. En torno de nosotros, la nieve y los fragmentos de hielo oscurecen el aire, impidiéndonos distinguir ni aun al compañero que tenemos más cerca; mas no recibimos ningún golpe y todos siguen corriendo maquinalmente, aturdidos y fuera de sí.

»A los pocos minutos la nieve se disipa, y con asombro vemos el cuerpo del monstruo, cuya enorme cabeza, rodando aún con vertiginosa rapidez, detiénese, al fin, lejos de nosotros, quedando inmóvil, rígida é inofensiva.

»Naturalmente se comprenderá que no habíamos tenido tiempo para darnos cuenta de lo que acababa de

nuestras huellas, quedó inmóvil, rígido y perpendicular como una muralla ciclópea.

»La avalancha se componía de una mezcla, en proporciones bastante iguales, de bloques de *serac* (materia pedregosa sumamente dura y de considerable peso) de todas formas y dimensiones, predominando los cubos irregulares de 4 á 5 pies de lodo y de nieve saturada de agua. Por el movimiento y el roce, formábanse bolas, algunas de las cuales medían al menos una vara de diámetro, y así es que todo cuerpo cogido por la mole quedaba pulverizado al punto.

»Al examinar detenidamente la naturaleza y extensión de la avalancha, vimos que cubría el valle en la longitud de unos 3,300 pies, siendo la anchura máxima de 1,500 y la profundidad de 5, por término medio, en toda la superficie. En resumen, llenaba el valle ocupado por el brazo norte del glaciar de Eiger hasta más abajo de su punto de unión con el mar de hielo, que descende del Eiger Joch, excepto en un punto donde

quedaba libre como una pequeña bahía al pie del Rothstock, precisamente donde acertábamos á estar en el momento de la caída. Si nuestra posición en la pendiente hubiera estado 100 pies más alta ó más baja, ó, en otros términos, si hubiésemos llegado cinco minutos antes ó después, la avalancha nos cogía sin remedio, sin dejarnos medio alguno de salvación.

«Naturalmente, no se pensó ya en proseguir nuestra exploración en vista de lo que acababa de suceder, y después de practicar algunas mediciones subimos apresuradamente á la cima del Rothstock para ver mejor el lugar de la ocurrencia sin el menor peligro. Desde aquel punto distingüense perfectamente los grandes picos que constituyen la perspectiva más notable de los Alpes de Wengern, mientras que en opuesta dirección se ve muy bien el valle de Grindelwald y sus barreras del norte.

»Ulrico estaba muy trastornado, y su pálido semblante conservaba todavía una marcada expresión de terror, no solamente por el peligro que acababa de correr, sino porque cuando estábamos en medio de la nieve sin vernos uno á otro, él y Whitwell habían cambiado de sitio, y al disiparse la oscuridad ya no vió á mi amigo, á quien esperaba encontrar más abajo que nosotros. Esto le hizo creer que Whitwell había sido arrebatado por la avalancha; mas por fortuna su alarma fué infundada.

»Para dar más clara idea de la inmensa mole que había rodado desde las alturas, bastará decir que sus dimensiones, según cálculo muy aproximado, eran: longitud, 3.300 pies; anchura, por término medio, 1.000; y profundidad, 5, ó doble de esto en muchas partes, resultando de aquí un total de 611.000 varas cúbicas, ó, en cifras redondas, un peso de 450.000 toneladas, poniendo 1.500, con corta diferencia, para el hielo y la nieve saturada de agua.

»Al bajar de la montaña tuvimos ocasión de juzgar de la irresistible fuerza con que la mole había bajado al ver las rocas del borde derecho del glaciar. A la altura de siete ó ocho pies, la roca más baja hallábase cubierta de una capa tan espesa y uniforme de nieve helada, que en la extensión de 100 metros más no se veía el más pequeño espacio de la piedra.

»Confío,—dice Mr. Tuckett al terminar su relato,—que nada de cuanto he escrito para dar la más justa idea de mis impresiones en aquellos breves momentos de excitación, de angustias, de incertidumbre y de espanto, se tomará por una exageración; y, seguramente, todos creerán, como yo, que nuestra salvación fué verdaderamente providencial.»

EL PRIMER BUQUE DE VAPOR

Allá por el mes de agosto de 1807 se hallaba anclado un buque en el río Hudson, el cual debía partir desde Albany á Nueva York. En uno de los camarotes veíase á un hombre de aspecto majestuoso y grave, escribiendo con afán, y cuando no, dirigiendo sus miradas al impetuoso y rugiente mar, cuyas espumosas ondas se deslizaban con ligereza hacia la orilla,

sin ninguna roca que se opusiera á su precipitado curso.

Cuando más distraído se hallaba en estas contemplaciones, notó que un desconocido se le aproximaba preguntándole:

—¿Pensáis volver á Nueva York con vuestro barco?

—Sí tal: esa es mi idea,—contestó sin suspender sus observaciones.

—¿Me podríais dar un pasaje á bordo?

—Desde luego, si os decidís á correr los mismos riesgos que yo.

—¿Cuánto me lleváis por la travesía?

—Lo que gustéis.

Y el desconocido le entregó una bolsa de oro, notando que el patrón permanecía pensativo y silencioso, como absorbido en tristes pensamientos y contemplando sin cesar la bolsa que había recogido.

Temiendo el pasajero haber cometido alguna indiscreción, exclamó:

—¿No os satisface la cantidad?

Entonces se fijó en su interlocutor el desconocido, y dejó ver una gruesa lágrima que surcaba sus mejillas.

Hizo un esfuerzo para dominar su emoción, y dijo:

—Dispensadme si os he faltado á las consideraciones debidas, porque al mirar ese dinero, primer producto que obtengo de mis asiduos estudios sobre la navegación por el vapor, mil ideas agolpan á mi mente y la trastornan.

—Quisiera celebrar la memoria de este día,—añadió estrechando la mano del pasajero entre las suyas,—rogándoos que me honréis bebiendo en mi compañía una botella de cerveza; pero estoy tan pobre, que no os puedo ofrecer más. Si la suerte y el éxito corresponden á mis esperanzas, algún día podré lo que ahora me es imposible.

Estas ó parecidas palabras fueron las pronunciadas por uno de los hombres más ilustres de nuestro siglo, el inmortal Fulton, autor de la navegación por el vapor.

Ese hombre tan abatido, tan humillado, tan pobre, inauguraba una nueva era para la navegación, porque los vientos contrarios á su marcha se declaraban impotentes para detenerle en sus travesías; las encrespadas olas, hendidas por la máquina que llevaba su bajel, se separaban humilladas, obedeciendo á su fuerza; las corrientes de caudalosos ríos, pugnando con su poder, cedían á sus mandatos, y el comercio, la industria y la civilización contaban por su descubrimiento con un apoyo seguro, con un pedestal fuerte, con un muro inexpugnable.

Fulton, nombre que recordamos y recordarán las generaciones futuras con admiración y asombro, ofrecía á la sociedad uno de sus más poderosos medios de adelanto y poderío, resolviendo la ardua cuestión de utilizar la fuerza del vapor en la marina.

—¿Y cómo,—se dirá,—siendo tan grande y beneficioso ese descubrimiento para la humanidad en general, se despreciaba y oscurecía? Difícil es explicar tal contradicción, y, sin embargo, no es éste el solo hecho que la historia nos cuenta.

El insigne marino Colón, cuyo IV.º Centenario se

celebra, ofreció á las principales naciones de Europa un nuevo mundo, que sobrepujaba al conocido en hermosura y riqueza. Desprecios, sarcasmos, insultos y hasta el epíteto de loco recibió. Hé aquí, pues, el premio que parecía reservado á sus trabajos, si la magnánima reina Isabel la Católica no elevara su nombre y sus talentos, prestándole su apoyo.

Dionisio Papin presenta á los ingleses lo que hoy constituye su arma más poderosa: la aplicación del vapor como fuerza motriz, y se le desprecia.

Lo mismo le aconteció á Fulton cuando el 9 de agosto de 1803 presentó su proyecto á Napoleón, el cual le trató «como á uno de tantos aventureros que pululan por las capitales de Europa, sin otro fin que atrapar dinero.»

El día 11 de agosto de 1807 lució para la humanidad un venturoso día, y abrióse para Fulton una página de gloria. Botado al agua el primer barco de vapor, se veía al inventor de pie sobre su puente, siendo saludado por las risas sardónicas de la gente morigerada y los silbidos de la muchedumbre embrutecida. Sonó la hora de partir, y cuando le vieron marchar contra los vientos, surcar las aguas con rapidez inconcebible, difundiendo ligera y majestuosa la azulada columna de humo que como entre nubes llevaba al navegante, tornáronse los desprecios en admiraciones y los sarcasmos en entusiastas vítores.

Logrado su objeto, perfeccionó más y más sus anteriores trabajos, aumentó las seguridades, construyó cuatro buques, y cuando en 1814 se temió un rompimiento entre Francia é Inglaterra, se apresuró á construir buques de guerra movidos por el vapor, siendo la fragata *Fulton I* un monumento en su género, como modelo para ataque y defensa.

Bajó al sepulcro á los cincuenta años de edad el día 24 de febrero de 1815, coronado de gloria y de laureles y con un puesto preferente en el templo de la gloria.

G. C.

LOS DRAMAS DE LA VIDA

EL CORREO DE LYON

ROBO Y ASESINATO.—TERRIBLE ERROR JUDICIAL

(Conclusión)

Los jueces comenzaron á dudar y apelaron al Directorio, que á su vez elevó la consulta á la Asamblea Legislativa, pues el asunto no estaba ya en manos del Poder Ejecutivo. La Asamblea no perdió tiempo en examinar la causa; pero dedujo, en conclusión, que una ley establecida no debía infringirse por un caso particular. El derecho de perdonar no existía ya, y «anular bajo tales principios la sentencia pronunciada con la ley, sería subversivo de todas las ideas de justicia é igualdad ante la ley.» (!)

No le quedaba, pues, á Lesurques más remedio que morir. El día de Jueves Santo, 10 de marzo de 1797, el infeliz marchó al patíbulo con sus dos compañeros Bernard y Couriol; iba vestido de blanco de pies á

cabeza, en señal de su inocencia, y llevaba entreabierta la camisa, dejando ver su pecho desnudo.

Cuando la triste comitiva se dirigía desde la cárcel al lugar de la ejecución, Couriol, que iba en la carreta detrás de Lesurques, volvióse hacia la multitud que le seguía, y gritó repetidas veces: —Yo soy culpable, pero Lesurques es inocente.

Una vez en el cadalso, la ejecución de Bernard fué la primera, y después tocó el turno á Lesurques, que manifestó algún sentimiento por no haberse aplazado su última hora hasta el día siguiente, que era Viernes Santo; y al volverse á los ejecutores dijo: —Perdono á mis jueces, á los testigos, cuyo error me cuesta la vida, y á Legrand, cuya torpeza no ha contribuido poco á conducirme aquí. Muelo protestando de mi inocencia.

Lesurques demostró hasta el último instante el más sereno valor. En la mañana de su muerte envió á su esposa las siguientes líneas:

«Querida amiga: no podemos librarnos de nuestra desgraciada suerte; mas por lo menos me someteré á ella con la fortaleza y dignidad propias de un hombre. Te remito algunos mechones de mi cabello. Cuando mis hijos sean mayores, repártelos entre ambos. Es todo cuanto puedo dejarles.»

Las últimas palabras se referían á la confiscación de sus bienes, aneja á la pena impuesta por el delito de asesinato.

Inocente ó culpable, Lesurques había muerto, y el fallo de la justicia no se podía ya modificar. Trascurrieron dos años. El recuerdo popular del sangriento crimen iba ya borrándose, y la notable causa á que dió margen comenzaba á sumirse en el olvido. Con todo, la policía esperaba aún apoderarse de los demás culpables.

Sin embargo, todos los esfuerzos habían sido inútiles, y no se pudo descubrir rastro ni vestigio de los hombres citados en la confesión de Couriol.

Pero si el espíritu público se adormecía sobre el misterio, todavía quedaba un hombre cuya conciencia no le permitía reposar tranquilo hasta que se hubiese descubierto la verdad. Este hombre era el juez, M. Daubenton. Desde un principio había dudado de los testigos que juraron tan confiadamente, y, aunque le fué forzoso detener á Lesurques, siempre conservó una idea fija de que aquel hombre era inocente. Las opiniones manifestadas por algunos de sus amigos después de la ejecución indujéronle á penetrar hasta el fondo de aquel tenebroso asunto, si de algún modo era posible.

Durante dos años, sus esfuerzos no dieron ningún resultado absolutamente, pero al fin cierta mañana, hallándose ocupado en revisar los numerosos escritos y documentos que diariamente llegaban á sus manos, hubo de pronto de fijarse su mirada en un nombre que con otros cuatro era de mucho tiempo su constante pesadilla.

Este nombre era *Durochat*, el mismo que Couriol diera en su declaración como el verdadero del llamado *Laborde, comerciante en sedas*.

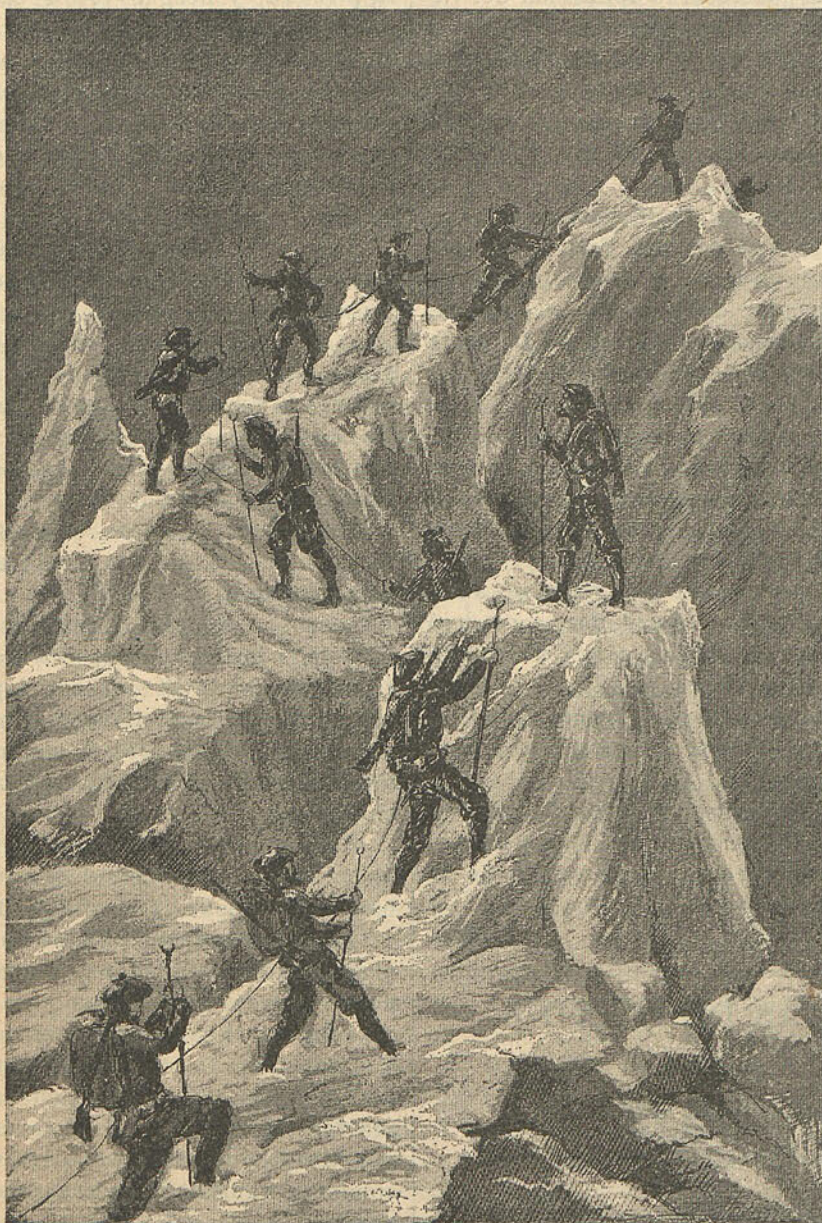
Ahora bien: acababa de ser detenido por robo un hombre llamado Durochat, y en aquel momento hallá-

base encerrado en Santa Pelagia para ser juzgado después.

M. Daubenton reflexionó. En la causa, cierto inspector de correos había jurado que vió al *comerciante de sedas* ocupar su asiento en la silla de posta la misma noche del asesinato, asegurando, además, que podría reconocerle en cualquier parte. El juez no per-

trasladarle á Versailles, donde debía ser juzgado; y M. Daubenton, acompañado de un escribano y dos soldados, marchó con el prisionero á dicho punto.

Al llegar á un pueblo situado cerca de Grosbois, Durochat pidió desayunarse, alegando que no había comido nada desde la noche anterior. En su consecuencia, hizose alto en la siguiente posada, y mientras se



Tropas alpinas francesas

dió tiempo: envió á buscar al inspector, y por fortuna pudo conseguir que compareciera ante el tribunal cuando se viese la causa. El preso resultó culpable y fué sentenciado á catorce años de cadena; pero cuando le conducían de nuevo á su prisión, el inspector le reconoció, jurando su identidad.

Las negativas de Durochat parecieron muy débiles, y por de pronto quedó detenido en la Conserjería. A la mañana siguiente trasladósele á las cárceles de Melun, y á los tres días fué interrogado por M. Daubenton. En vista de sus contestaciones, dióse orden de

preparar lo necesario, el preso dijo que deseaba hablar con el juez á solas.

M. Daubenton, después de vacilar un tanto, accedió, ordenando á los soldados y al oficial que le dejaran con el acusado, á pesar de la seña que aquél le hizo, como para decirle que no era prudente. El juez, que no carecía de valor personal, dijo á la criada que pusiera la mesa, y en cumplimiento de la orden que la sirvienta recibió del auxiliar de M. Daubenton, solamente puso un cuchillo.

Cuando la mujer hubo salido, Durochat, al ver que

el juez había tomado el cuchillo para cascar un huevo miróle fijamente y dijo en voz baja:

—Señor juez, parece que tenéis miedo.

—¿De qué?—preguntó el magistrado, continuando tranquilamente su operación.

decidme después qué sabéis sobre el asesinato del correo de Lyon.

Al oír estas palabras, Durochat se puso en pie de un salto, empuñando el cuchillo con aire amenazador.

Los dos hombres se miraron fijamente un momento



CORRER PARA VIVIR.— ... la nieve y los fragmentos de hielo oscurecen el aire...

—De mí. No os habéis descuidado de armaros con el cuchillo.

—Os aseguro que no,—contestó el juez.

Y alargando el cuchillo cortésmente por el mango añadió:

—Hacedme el favor de cortar un poco de pan, y

á través de la mesa; pero después el preso dejó el cuchillo, volviendo á sentarse.

—Ciudadano,—dijo,—sois hombre de valor, y yo estoy perdido. Comprendo que ha llegado para mí la hora fatal; mas quiero deciros la verdad.

Y Durochat hizo entonces una minuciosa narración

del crimen, confirmando la confesión de Couriol en todos sus pormenores. Vidal, según dijo, fué el autor de la trama; los demás eran Couriol, Rossi (a) *Beroldy*, Dubosq y él, que había prestado el dinero para dar el golpe. Bernard facilitó los caballos, y Dubosq falsificó el pasaporte, por el cual pudo inscribirse en el libro con el nombre de *Laborde, comerciante en sedas*.

El coche fué atacado cuando el postillón acertaba el paso antes de subir una ligera cuesta, y él mismo (Durochat) asestó una cuchillada al correo, mientras Rossi hacía lo mismo con el postillón. Después se asetonaron algunos golpes más para rematar á las víctimas, y entonces los jinetes volvieron al galope á París. Los criminales se reunieron luego en la casa de Dubosq, en la calle de la Croix-des-Petits-Champs, donde se repartió el botín. Aunque Bernard no había hecho más que facilitar los caballos, reclamó su parte como los otros, y se le entregó.

—Por ese crimen se ha condenado á un hombre que era inocente,—dijo el magistrado,—y veo que no habláis de él.

—Ya lo sé,—contestó Durochat;—era un tal Lesurques; pero en mi vida había oído hablar de ese pobre diablo hasta que se le condenó por el asesinato del correo. Después de cometido el crimen me alojé en casa de Vidal durante algún tiempo, en la calle de las Fuentes; pero nos separamos al saber que Couriol estaba preso.

Esta confesión se tomó por escrito, y el preso la firmó.

Continuóse la marcha á Versailles, y el acusado se ratificó en su declaración ante los jueces del tribunal. Al decirsele que se había jurado que Lesurques llevaba espuelas de plata, una de las cuales le fué preciso componer, habiéndose encontrado otra cerca del teatro del crimen, Durochat contestó:

—Ese fué Dubosq. A la mañana siguiente, hallándonos en casa, hablé de la espuela rota, la cual compuso en Lieursaint y perdió después.

Durochat añadió que Dubosq llevaba una peluca rubia el 8 floreal.

El preso fué juzgado, reconociósele culpable, y sufrió la pena de muerte, habiendo subido al cadalso con la mayor indiferencia.

Pocos días después fué detenido también Vidal, otro de los asesinos. Éste negó el delito y estuvo encerrado en un calabozo hasta que se pudieron obtener suficientes pruebas. Para ello se necesitó algún tiempo; pero á fines del invierno de 1799, cerca de cuatro años después de la comisión del crimen, habiéndose detenido á Dubosq con ocasión de haberse cometido un robo, se le redujo á prisión, y allí fué reconocido. Enviado á Versailles para ser juzgado, se le encerró con Vidal, y aquellos dos infames proyectaron su fuga.

Ya habían escalado las dos paredes interiores y llegaban á la cima de la exterior, desde donde bastaba dar un salto de veinticinco pies para ponerse en salvo. Vidal se dejó caer primero y Dubosq le siguió; pero habiéndose roto una pierna cogieronle al punto.

Vidal no estuvo libre mucho tiempo, pues le prendieron en Lyon, donde había cometido otros crímenes, y se le condujo nuevamente á Versailles.

Entretanto, Dubosq, restablecido ya, halló medios para combinar su segunda fuga, y esta vez lo consiguió.

Durante su ausencia, Vidal, juzgado solo y reconocido culpable, pagó su delito en la guillotina.

Al cabo de un año, Dubosq cayó otra vez en manos de la justicia, y esta vez no se le dejó tiempo para escapar, pues se le hizo comparecer inmediatamente ante sus jueces en el tribunal de Versailles.

Al verse la causa, el presidente ordenó que se pusiera al acusado una peluca rubia antes de llamar á los testigos á prestar declaración, y algunos de ellos confesaron haberse equivocado, tomando á Lesurques por Dubosq. La mujer Perault, que había estado presente cuando los cuatro jinetes comían en la posada de Mongeron, declaró que la semejanza era extraordinaria. La testigo Alfroy, cuyo juramento contribuyó á perder á Lesurques, dijo que en aquel momento estaba firmemente convencida de que era Dubosq la persona que vió.

El acusado negó su culpa; pero su intimidación con los demás asesinos quedó claramente demostrada; y, además de esto, los registros revelaron una serie de negros crímenes y audaces fugas de la cárcel. En su consecuencia, se condenó al acusado á la pena de muerte, y la ejecución se efectuó el 22 de febrero de 1802.

Una súplica de Lesurques á Dubosq (cuyo nombre se consiguió en la declaración de Couriol) no hizo mella en el infame, que pudo leerla en los diarios poco antes de la ejecución del inocente, y que estaba concebida en estos términos:

«Voy á morir en vuestro lugar, y podéis quedar satisfecho del sacrificio de mi vida; pero si alguna vez caéis en manos de los jueces, pensad en mis hijos, en quienes recaerá la ignominia, y en la desesperación de su madre, y no prolonguéis las aflicciones que ocasiona una semejanza fatal.»

Dubosq murió sin confesar; y, aunque el celoso M. Daubenton consagró el resto de su vida á obtener para la familia Lesurques la rehabilitación y devolución de los bienes confiscados, sus esfuerzos fueron inútiles.

Rossi, el último de los asesinos, fué cogido en Madrid y entregado á la autoridad francesa á petición del Gobierno. Trasladado á Versailles, sentenciósele á muerte, y reconoció la justicia del castigo, así como la inocencia de Lesurques.

De este modo pagaron, al fin, su crimen los asesinos del correo de Lyon.

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

Lambert de Champsac era harto hombre de mundo para no comprender todo lo que su lenguaje había tenido de irregular y de ofensivo. Excusóse, pues, lo mejor que pudo, es decir, muy torpemente.

Este incidente desagradable detuvo las conversaciones empezadas y puso fin al banquete. Todos los convidados, menos D. Ignacio Valdés, se retiraron.

Antes de franquear el último recinto de la ciudadela, D. Jerónimo Bustamante se acercó á Santiago Maugrin, que andaba apoyado del brazo de su hijo, y le saludó respetuosamente.

—Caballero,—le dijo,—¿querriais dispensarme el honor de venir á mi casa después de las siete? Tengo que hablaros de cosas graves.

—¿Por qué no hablamos aquí mismo?

—Porque los oprimidos no tienen derecho á levantar la voz.

—Está muy bien: mi hijo y yo iremos á vuestra casa esta noche.

—Os esperaré.

Y Bustamante se alejó.

De codos en una ventana, D. Ignacio Valdés había visto al alcalde acercarse á Santiago Maugrin. Entonces el odio dilató la pupila de sus ojos.

—Mi brigadier,—dijo volviéndose á Ródenas, impresionado aún por la discusión que acababa de tener efecto en su casa;—afirmo que Jerónimo Bustamante es un traidor.

—Valdés, ¿qué es lo que le permite á V. suponer eso?—preguntó el conde con rudeza.

—Todo, mi brigadier, todo lo que veo y observo. Cuando hemos brindado por la glorificación de las armas españolas y por la confusión de los insurrectos, Bustamante ha levantado su copa con esfuerzo, y sus labios apenas han rozado el vino espumoso.

—¿Y eso es todo lo que tiene V. que decirme para justificar sus sospechas? ¡Por la Virgen de los Angeles, no le creía yo á V. tan cándido, Valdés! Una culpabilidad no se funda nunca en pruebas tan ridículas. Si Bustamante no ha bebido, es porque no tendría sed. Las circunstancias presentes me tienen asaz preocupado para que pierda el tiempo escuchando desatinos como ése de que me habla V.

—Excelentísimo señor, yo pensaba, suponía...

—Está bien. Despache V. cuanto antes los asuntos pendientes, prepare V. los dictámenes para el general Morillo, redacte V. la lista de los jefes insurrectos, notifique las sentencias pronunciadas, los fallos proferidos y los castigos ejecutados. Es menester que todo eso esté listo para dentro pocos días, y lo confiaremos al capitán Portalegre cuando vuelva á Puerto Cabello.

—Creía, mi brigadier, que el capitán no debía volver por aquí.

—Volverá, Valdés, y su ausencia no será muy larga... porque probablemente deberá casarse.

—¡Hola! Conque ¿va á casarse D. Esteban de Portalegre? Ya me lo figuraba yo, excelentísimo señor, y supongo que la novia será...

—Mi hija, Valdés, mi Inés querida.

La frente de D. Ignacio Valdés se nubló, pero casi al punto se volvió á serenar su rostro, y con la sonrisa en los labios repuso:

—Excelentísimo señor, quiero ser el primero en dirigir mis felicitaciones al capitán Portalegre y á D.^a Inés.

—Espere V., espere V. aún, Valdés: el matrimonio

no quedará definitivamente fijado hasta el regreso del capitán. Hasta entonces deseo no se hable de nada.

—Obedeceré á V. E. Sólo era para demostrar á V. E. la alegría que experimento.

—Sí, sí,—dijo el brigadier dando familiarmente algunos golpecitos en el hombro á Valdés;—ya sé su adhesión de V., y si todas las adhesiones fuesen parecidas á la suya, mucho más tranquilo estaría yo. Vamos, mi buen Valdés, continúe V. velando por nuestra causa, y no se inquiete V. por los rumores que se escapan de la muchedumbre y que á veces le amenazan. Siempre le defenderé á V. contra sus enemigos.

—Toda una vida de abnegación y de sacrificios no bastaría á agradecer las bondades de V. E. y la protección que V. E. me concede, mi brigadier.

—Es V. digno de ella, Valdés. Pero tengo que dar algunas instrucciones al capitán Portalegre, y le dejo á V. Hasta luego, Valdés.

—Mi brigadier, soy humilde servidor de V. E.

D. Juan de Ródenas se retiró.

Durante cerca de cinco minutos, Valdés pareció reflexionar. La graciosa imagen de Inés debió acudir á su mente, porque se volvió dos veces hacia la puerta por donde había desaparecido la joven en compañía de su tía y del capitán Portalegre. Por fin, se encogió de hombros y agitó febrilmente una campanilla puesta al alcance de su mano.

Al punto se presentó un hombre joven aún, con facha de matón.

—Sánchez,—preguntó Valdés al recién llegado,—¿cuántos prisioneros quedan en el fuerte de San Felipe?

—Quedan seis.

—Esos miserables serán fusilados mañana por la mañana á primera hora. Voy á firmar las órdenes de ejecución, y volverás al instante á recogerlas.

—Su señoría será puntualmente obedecido,—dijo Sánchez con la sonrisa en los labios y saludando hasta el suelo.

Así es como D. Ignacio Valdés, presidente del Consejo de Purificación, preludiaba á los desposorios de D.^a Inés de Ródenas y de D. Esteban de Portalegre.

CAPITULO III

LA ENTREVISTA

Presentáronse á la hora convenida Santiago Maugrin y su hijo en casa de D. Jerónimo Bustamante.

El alcalde habitaba una espaciosa casa situada delante de la iglesia mayor de Puerto Cabello. Por una feliz casualidad en aquellos tiempos de guerra, la casa no había casi sufrido nada en los numerosos ataques dirigidos contra la ciudad, y contrastaba con las ruinas, los techos hundidos, las paredes agrietadas que se encontraban en su proximidad.

Bustamante condujo á los dos franceses á una habitación bastante retirada que salía al patio. Dos esclavos negros trajeron algunos refrescos y dejaron sobre la mesa muchos platos de plata llenos de frutas del país: guayabas, naranjas, magueys, curas, guanábanas.

—Dispensadme, señores,—dijo el alcalde en bastante buen francés,—si os recibo de una manera asaz misteriosa. No nos es permitido practicar más libremente la hospitalidad.

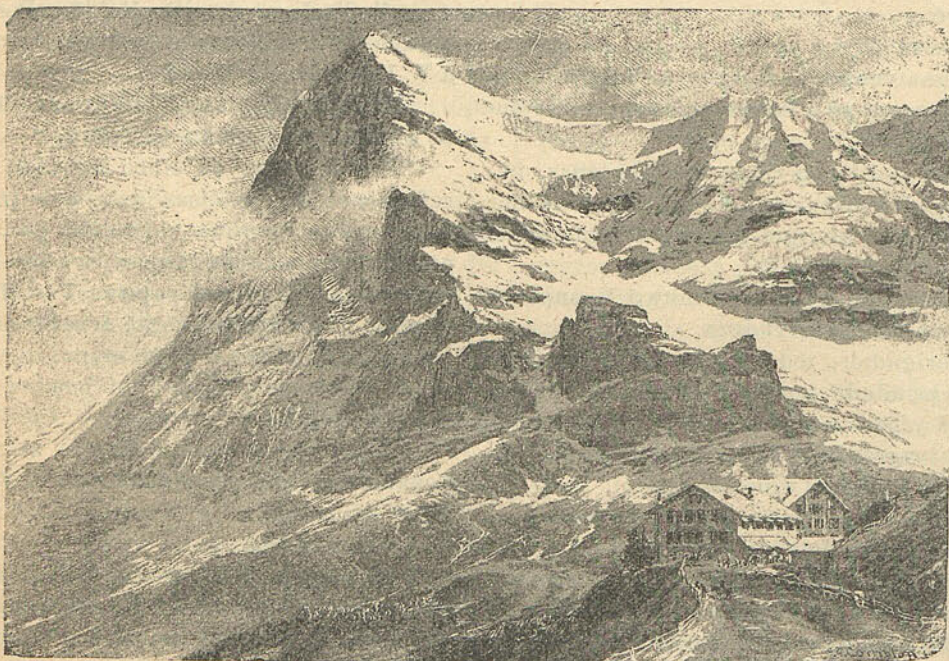
—¿Por qué?—preguntó Santiago Maugrin.

—¡Ah, señor! ¡Si supieseis todo lo que tenemos que aguantar! Pero ¿qué os enseñarían mis quejas? Ya habéis oído esta mañana á los oficiales y funcionarios recibidos en su mesa por el brigadier Ródenas. Relamíanse por anticipado de gusto con la sangre por derramar, reíanse de nuestros duelos y de nuestras miserias, hablaban del exterminio de todo un pueblo como de un deber sagrado, se enorgullecían de sus crueldades y de sus bajas ferocidades con igual con-

cauzarla con una mentira. Sí: estoy *contra* el brigadier porque es uno de los opresores de mi país.

—No tengo que alabar ni condenar la conducta de D. Juan de Ródenas: no debo acordarme sino de su cordial acogida. Hace algunos instantes apenas le habéis oído: tomaba mi defensa contra los que trataban de menoscabar mi reputación. Y, sin embargo, es español y monárquico, mientras yo soy francés y republicano. Sería yo el último de los miserables si con mis palabras ó con mis actos diese á alguien derecho á suponer que puedo hacer traición á un amigo tan fiel y tan generoso.

—No os equivoquéis acerca del sentido de mis palabras. Ignoro cuándo y cómo ha nacido la amistad



ESCENA DE LA AVALANCHA

El Eiger.—El Klein Eiger.—Vallecillo detrás del Rothstock.—Hotel Scheideck

vicción que de sus más meritorias acciones. Así, cuando habéis contestado á M. de Champsac, cuando habéis pronunciado el santo nombre de libertad á la faz de esos sicarios estupefactos ante vuestra audacia, ha desbordado de mi corazón una alegría inmensa y todos mis pensamientos se han encaminado hacia vos en un trasporte de gratitud indecible. Antes de que el brigadier os hiciese justicia, había comprendido yo toda la grandeza, toda la nobleza de vuestro carácter, y he resuelto confiaros nuestras penas... y nuestras esperanzas.

—Antes de proseguir esta conversación, permitidme que os haga una pregunta.

—Os escucho.

—¿Estáis á favor ó en contra del brigadier D. Juan de Ródenas?

Jerónimo Bustamante se levantó de su asiento y anduvo algunos pasos con agitación, que no trató de disimular. Detúvose ante Santiago Maugrin, y dijo:

—¿A qué fingir con un hombre como vos? Tengo á empeño conquistar vuestra estimación y no quiero en-

que os liga al brigadier, pero estoy persuadido de que es vuestro todo el honor. No pretendo que Ródenas sea una de esas naturalezas incapaces de experimentar sentimientos que ennoblecen la existencia; pero, sin embargo, no es hombre para darles nacimiento. Complácese en el papel temible que las circunstancias le han creado; la piedad no ejerce casi imperio en su alma, pero se amontonan los odios en torno de su persona, y pronto llegará para él el día de la expiación...

—Si habláis así de D. Juan de Ródenas, ¿por qué aceptáis sus invitaciones y frecuentáis su trato?

—Porque soy alcalde de Puerto Cabello, función que me ha sido impuesta y me obliga á estar en relaciones constantes con todas las autoridades civiles y militares de la capitania general. Además, mi hija Mariana es la compañera predilecta de Inés de Ródenas. Para no turbar la amistad de esas dos niñas he ahogado todas mis antipatías y todos mis odios.

—Bien hecho.

—¡Oh! No me felicitéis. Hoy me juzgo severamente.

te, comprendo todo lo que hay de egoísta y cobarde en mi conducta. Ciertamente que como alcalde de Puerto Cabello he podido prestar algunos servicios á los desgraciados que los azares de la guerra arrojaban en manos de implacables vencedores; he podido mitigar miserias y salvar algunas cabezas; pero yo vivía aquí casi fastuosamente, mientras mis compatriotas soportaban todo género de privaciones y batían como unos valientes. Vivía... y tomaba por salvaguardia la amistad de esas dos jóvenes. Sí: es triste tener que confesarlo: las relaciones de Mariana é Inés me han garantizado de la cólera de los españoles y me han conservado probablemente la vida.

—¿Por qué os había de molestar el brigadier Ródenas si no luchabais contra los poderes establecidos?

—¿Creéis que sea necesario pactar con la insurrección para ser tratado como enemigo? ¡Ah! ¡Cuán poco conocéis á nuestros amos! A centenares y millares se cuentan las personas que han sido ejecutadas por una palabra imprudente, por simpatías libremente expresadas. Una denuncia anónima, una sospecha insignificante bastan para enviar á un hombre á la muerte y justificar los actos de una tiranía sin freno.

Mientras hablaba, Jerónimo Bustamante se acercó á la pared y tocó el resorte de un plafón hábilmente disimulado. Aquel escondrijo contenía lios de papeles rotulados con cuidado. El alcalde tomó uno y lo puso ante los ojos de Felipe Maugrin.

—¿Sabéis lo que os enseño?—le dijo.

—Sí,—respondió Felipe Maugrin;—es la traducción en español de la *Declaración de los derechos del hombre*.

—Pues bien: si alguien del *gobierno* supiese, ó, mejor dicho, sospechase que poseo estos ejemplares, impresos clandestinamente en Bogotá hace algunos años, no tendría yo veinticuatro horas de vida.

—No puedo admitir,—prosiguió Santiago Maugrin,—que por tan fútil motivo hiciese correr vuestra sangre el brigadier Ródenas. Aparte de esto, ¿no os están garantizadas por la metrópoli todas las prerrogativas anejas á la libertad, á condición de que no abuséis? El real decreto de 22 de enero de 1809 declara que las colonias americanas forman parte integrante de la monarquía con derechos iguales á los de las provincias de España. La Junta de Sevilla publicaba el año siguiente una proclama que decía á los hispano-americanos: «¡Por fin estáis elevados á la dignidad de hombres libres! ¡No estáis ya en aquella época en que, doblados bajo un yugo insoportable, eraís las víctimas de la arbitrariedad, de la avaricia y de la ignorancia! Vuestros destinos están en vuestras propias manos.»

—Palabras que se ha llevado el viento. Cuantas veces ha atravesado España momentos difíciles, nos ha engañado con promesas liberales de que alardeaba pomposamente en sus proclamas y órdenes. Para sujetarnos y matarnos nos ha enviado sus generales sanguinarios é implacables. A fin de hacer justicia á cada uno, reconozco que D. Juan de Ródenas ha sido uno de los verdugos menos duros de Fernando VII, porque posee una rectitud y algunos sentimientos de equidad completamente desconocidos á la mayor parte de sus

colegas; pero acabará por ser tan malo como el peor. Ya excita á sus subalternos y les aconseja que ejerzan sangrientas represiones. ¡Oh, sí! Sé que está lanzado á este camino por Ignacio Valdés, y ciertamente que nuestro odio alcanzará á Valdés antes que á Ródenas.

—¿Valdés?

—Sí, un miserable bellaco, un mendigo endiosado, llegado, á fuerza de bajezas y de intrigas, á ser uno de los principales funcionarios de las colonias. Conozco hombres que han desafiado veinte veces la muerte, sea en el campo de batalla, sea en la caza contra las fieras, y tiemblan al oír pronunciar el nombre de este ser maléfico. Satanás mismo asusta menos que Ignacio Valdés. Por su aptitud para todos los trabajos administrativos, por una inteligencia pronta, junta á una ambiciosa dosis de servilismo, de astucia y de hipocresía, ha sabido captarse la confianza de Ródenas y apo-



Después de la caída

derarse de su ánimo. Cuando éste, llevado de su lealtad bravía, encuentra que se ha ido más allá de sus órdenes, riñe y maltrata á Valdés como al último de sus criados. Entonces el tunante palidece, se agacha, recibe la tempestad con la humildad más degradante. Para reconquistar la gracia de su brigadier le lamería arrastrándose las botas. Ródenas es bastante ciego para no ver como le burlan en esta baja comedia. Ródenas toma eso por adhesión. Y todo un pueblo, todo un pueblo generoso gime bajo la autoridad despótica de ese vil bandido. ¡Ah! ¡En verdad que somos muy desgraciados y muy dignos de lástima!

El alcalde pronunció estas últimas palabras con tal acento de desgarradora tristeza que Santiago Maugrin se sintió conmovido. Desde hacía un momento operábase en el ánimo del convencional una reacción que le disponía en favor de la causa de que le hablaba Bustamante; causa por la cual había constantemente luchado, con peligro de su vida, durante la época más agitada de la revolución francesa. Concediendo sus simpatías á los oprimidos, pensaba no infringir los deberes de la hospitalidad. Bustamante adivinó las últimas vacilaciones del viejo republicano.

—No os pido,—dijo,—que toméis parte en nuestras discusiones. Tengo formada de vos una opinión harto elevada para suponer ni por un instante que seáis capaz de un acto de deslealtad; pero podéis servirnos sin faltar á la amistad que os une con el brigadier.

—¿Cómo?

—So pretexto de pacificar el país se van á organizar columnas especialmente encargadas de recorrer la costa. El brigadier va á tomar el mando de la más importante y se alejará de Puerto Cabello por tiempo indeterminado. Durante su ausencia pesará sobre nosotros la más cruel tiranía. Muchos que aun tienen alguna confianza en el porvenir yacerán en el silencio eterno de la tumba ó sufrirán la tortura en el fondo de algún negro calabozo así que Valdés quede solo.

—¿Tan importantes son los poderes confiados á Valdés, que pueda disponer de la vida ó de la libertad de sus administrados sin forma de juicio?

—¡Un juicio! Largo tiempo ha que las colonias están privadas de toda magistratura y sometidas á la arbitrariedad más absoluta. Para dar una apariencia de legalidad á sus actos, nuestros opresores han imaginado todo un sistema de medidas odiosas cuya ejecución está confiada á un *Consejo de guerra permanente*, á un *Consejo de purificación*, á una *Junta de secuestros*, y á *Consejos de guerra verbales*. Ignacio Valdés los preside todos. Asesorado de dos hombres, cualesquiera que sean, los primeros que encuentra en la hez de la población, soldados acostumbrados á todos los excesos, tiene derecho á hacer comparecer ante su presencia á todo el que quiere, con derecho á condenarles sin apelación. Raros son los que escapan á este ridículo y formidable tribunal, á ese terceto de bribones que se ríen de las angustias de sus víctimas cuando están condenadas á la última pena. Ya comprenderéis ahora cuán terrible es la autoridad colocada en manos de Valdés. En nombre, pues, de todos los que sufren, en nombre de la justicia y de la humanidad, os suplico que habléis al brigadier y le digáis nuestros dolores, nuestros temores, las crueldades inútiles de Valdés. Abridle los ojos sobre este personaje del infierno, mostrádselo tal como os lo he pintado yo. No he exagerado nada: os lo juro por mi honor. Aconsejadle que le haga impotente para el mal colocándole bajo la vigilancia de un Consejo compuesto mitad de peninsulares, mitad de colonos. Con el ascendiente que parecéis ejercer sobre el brigadier, seréis escuchado y os bendecirá todo un pueblo.

—Puesto que admitís que D. Juan de Ródenas es recto y franco, ¿por qué no os dirigís directamente á él? Su severidad cedería ante vuestras quejas, y, sin duda, aliviaría vuestra desgraciada condición.

—¡Quejarnos nosotros al brigadier! ¿Nos escucharía acaso? No conozco en todo Puerto Cabello hombre asaz temerario para ir á quejarse á Ródenas y denunciarle las infamias de Ignacio Valdés. Todos, ¿entiendéis?, todos, negros y blancos, indios y colonos, preferiríamos juntarnos con una guerrilla con la certeza de ser exterminados mejor que no afrontar el odio de Valdés. Morir por morir vale más sucumbir con las armas en la mano luchando por la independencia del país que no dejarse estrangular con la resignación del carnero.

—Verdad que sí. Hablaré al general,—dijo Santiago Maugrin, arrastrado por el acento caluroso de Bustamante,—le hablaré si me aseguráis que ningún motivo de odio personal os anima contra Valdés.

—Juro,—replicó el alcalde extendiendo su diestra,—juro que olvido las ofensas de Valdés para no acor-

darme sino de los sufrimientos de mis compatriotas.

—Está bien,—añadió el antiguo convencional.—Contad conmigo.

Irradiaron de contento los ojos de D. Jerónimo Bustamante, y se mostró desde entonces expansivo, refiriendo á los Maugrin mil historias, más ó menos apasionadas y exageradísimas siempre, tocante á la dominación española, pretendiendo justificar la insurrección. Hablóles á los franceses de la *mita*, ó sea de la requisa anual de indios que trabajasen en las minas; de los *repartimientos*, ó sea del derecho que tenían, ó se atribuían, los corregidores, tocante á abastecer á los indios de todos los objetos necesarios al consumo, á la habitación y al vestido; hízoles una patética pintura de la insoportable *tiranía* de los funcionarios encargados del gobierno, hablándoles de suicidios en masa, de feroces venganzas indianas, y, por fin, de la ingeniosa idea que tuvo cierto corregidor de la provincia de Cañas, el cual, sabiendo que iban á ahorcarse *mutuamente* una porción de indios en determinado sitio, fué para allá y les amenazó con que si se ahorcaban ellos, también se ahorcaría él.

Tal espanto causó en los indios la amenaza de encontrarse con el corregidor en la otra vida, que ninguno se atrevió suicidarse. Pero si la ocurrencia de este alcalde dió tan buenos resultados, no hubo quien se opusiera á las ideas de suicidio en masa que se apoderaron de los desesperados indios de la provincia de Vélez (Nueva Granada), los cuales se subieron á lo alto de una roca de 400 metros de elevación y se precipitaron en el Río Nieve.

Santiago Maugrin, impresionado con los torrentes de elocuencia que brotaban de los labios del Sr. Bustamante, se apresuró á responder:

—Sí, sí: hablaré al brigadier; le convenceré de la inutilidad de las medidas violentas; le aconsejaré la clemencia, esta virtud que magnifica al hombre y le ennoblece. Es altivo y leal, y me escuchará.

—Lo que negaría á todo un pueblo prosternado ante él, se lo concederá á su amigo,—dijo Bustamante.

(Se continuará)

LOS GRANDES FELINOS

SINIESTRA VISITA

La cosa ocurrió en el interior de la Guayana Central, cerca de la frontera (en litigio) franco brasileña. Un atrevido viajero, M. Coudreau, viajaba por dicho país, que conoce y ha descrito admirablemente. Había remontado todo el curso del Oyapock y se disponía á reconocer el Alto Inipi. Las jornadas eran monótonas, y al par del grande calor que se dejaba sentir (pues se trata de un país inmediato al Ecuador), sufrían también el viajero francés y su séquito los rigores del hambre.

De buena gana hubieran los viajeros enviado un recado de atención á algún *tapir* de los muchos que habían dejado impresas sus huellas en el polvo cuando fueron á beber; pero aquellos señores paquidermos son

de lo más insociable que se conoce. Los capivares se zambullían en el agua cuando veían acercarse la canoa; se dejaba oír el canto sentimental y monocordio de la perdiz y resonaban los aullidos (á nada mejor pueden compararse) que lanzaba el tucán de desaforado pico; pero no había que contar con haberlos. Por fin, los ojos de los viajeros descubren una magnífica pieza de caza: un lagarto de un metro de longitud, una arrogante salamanquesa. La salamanquesa no es un gran plato; pero, según parece, es preferible al mono rojo.

Llega la noche. M. Coudreau acampa cerca del río, cuando á lo mejor se ve sorprendida la expedición por una espesa nube de hormigas volantes. Llueve, y la lluvia apaga la hoguera del vivac. M. Coudreau dormía apaciblemente en su hamaca, bajo el techo de un improvisado bohío, cuando un criado ve acercarse un tigre á un paso nada más de donde dormía su amo; proximidad desgraciadísima, que le impide disparar contra la fiera. Afortunadamente, el tigre no pasó de ahí, y se retiró con el mismo silencio que se había presentado.

Ello es que se necesita mucha vocación para aventurarse por aquel país clásico de las boas, los tigres, los pécares ó tajarúes (lechones monteses), las moscas y los cerdos cimarrones. En cambio, nada más legítimo que el orgullo con que después puede contar esas cosas el que las ha pasado.

NOTICIAS

La *Revista Financiera Mexicana* anuncia haberse descubierto en México, á 50 kilómetros de El Paso, un depósito de ónice de considerable importancia. Este ónice es de superior calidad, con buen grano y colorido con las más variadas y delicadas tintas.

El pozo de sondaje más profundo que hay en el mundo es el que ha sido abierto, con motivo de ciertas investigaciones geológicas, en Schladebach, cerca de Kethan, Alemania, el cual mide 1,743 metros de profundidad.

En 1894 se celebrará en Amberes una Exposición Universal, habiéndose desistido, en consecuencia, de celebrar la que estaba anunciada en Bruselas para 1895.

Va á botarse en el Clyde (Inglaterra) un nuevo trasatlántico, el *Campania*, de 183 metros de longitud por 23 de anchura, y capacidad de carga para 20,000 toneladas. Este buque hará la travesía de Inglaterra á los Estados Unidos en menos de cinco días.

UN BARCO NORUEGO HISTÓRICO

Por orden del Ministerio de Marina de Noruega, y con destino á la Exposición de esta corte, se ha man-

dado hacer el modelo de un antiguo buque noruego que en aquella tierra apellidan *Vekingeskibet fra Goskstaa*. El barco de Vikings, cuyo original fué hace algunos años extraído del sitio llamado Gokstad, en cuyo arenoso subterráneo estaba sepultado y donde merced á la capa geológica conservadora del suelo, había podido resistir la injuria de los tiempos.

El navío era una embarcación á vela y remos, y el modelo, que en estos momentos se halla en camino para Barcelona, es fiel copia de aquel barco y tiene de tamaño la cuarta parte del natural.

Los gastos de su construcción en el Arsenal de Horten, ascienden á dos mil pesetas. Los Vikings noruegos figuran en la historia como audaces navegantes y temibles guerreros, dados á las aventuras en tierras extrañas. En sus *Vekingeskibe*, los piratas de la Última Thule, llamados *normandos* (hombres del Norte), cruzaron el mar del Norte, bajando á las Galias, donde se establecieron en la parte que hoy se denomina de Normandía. Fueron luego al Cantábrico, desembarcando en las playas de Galicia y penetrando en las Provincias Vascongadas, en cuyas melodías y danzas el observador aun encontrará ciertas reminiscencias de su país.

Doblaron el cabo de Finisterre, subieron al Guadalquivir hasta la misma Sevilla, franquearon el Estrecho de las columnas de Hércules y visitaron y castigaron con sus saqueos las costas del Mediterráneo.

En el litoral de la Bretaña, como en todas partes donde pisaron tierra, llegaron á ser el terror del mundo civilizado, y en la edad media, en las plegarias que desde los Santos Lugares se elevaron al Omnipotente, se incluyó el ruego: *A furore normanorum, libera nos domine*.

Sin otra brújula que la de las estrellas, confiando en su buena suerte, pero siempre con el afán de buscar aventuras, se trasladaron esos intrépidos navegantes á la Groenlandia, desde cuyos desolados é inclementes parajes tomaron luego el rumbo sur occidental, cinco siglos antes de descubrir Colón la América Central, invadiendo las costas del Norte de América.

Son tantas las personas á quienes se achaca la invención del velocípedo, que, en verdad, hasta la fecha no se sabe quién fuese ésta.

Pero un periódico francés cree haber encontrado el verdadero inventor, y dice que éste es el abate M. Piatton, que tiene hoy setenta y nueve años de edad, y es capellán del castillo de Saint-Maurice d'Exil.

Desde 1874, dicho M. Piatton recorre en velocípedo los caminos del Delfinado, con gran admiración de los campesinos.

Este venerable eclesiástico,—añade dicho periódico,—es un mecánico de los más ingeniosos. Sus habitaciones están llenas de aparatos como la maquinaria de un teatro, y á pesar de su edad se ocupa con entusiasmo de todas las invenciones modernas, y no desespera de poder ir á París en camino de hierro eléctrico.

UN MISAL DE TRES SIGLOS

En la ermita del Coll del Alba (Tarragona) se ha encontrado un misal al que se atribuye esa antigüedad venerable y cuya conservación se mira como un milagro.

Téngase presente la situación de aquella ermita, pequeña, abierta la mayor parte del tiempo y colocada al lado de un camino de gran tránsito, por donde han pasado y descansado ejércitos que han ido á sitiar á Tortosa y retirado luego, derrotados, por aquel mismo punto.

bió el manuscrito por la imprenta, toda la atención la absorbió el arte tipográfico, que fué completándose poco á poco con grandes trabajos.

De manera que los grabados, desde el siglo xv al xvii, son, por lo general, de muy escaso mérito. De ahí que el misal á que aludimos sea una especialidad. Mejor diremos: una verdadera notabilidad, una verdadera joya.

Admiran en él las preciosas láminas grabadas por los mejores artistas de Roma, cuyos nombres figuran al pie, así como las orlas magníficas que circuyen algunas planas; pero la admiración es mayor al obser-



LOS GRANDES FELINOS.—Siniestra visita

Añádase á ello las diferentes veces que el citado santuario ha sido fortificado con numerosa guarnición, especialmente á principios de este siglo, en que, ocupado por fuerzas españolas, fueron éstas rechazadas por las del general Souchet, mucho mayores, al ir á poner sitio á Tortosa.

Parece que esto solo, ó el haberse salvado dicho libro en medio de tantos trastornos, ya lo hace interesante en extremo.

Otra cosa hay que notar: su mérito artístico, especialmente en lo que se refiere á los grabados, que abundan con gran profusión y belleza.

En la época de los códices en vitela manuscritos, las miniaturas é ilustraciones llegaron á una perfección que aun hoy día nos admiran. Mas así que se cam-

var que todas están tiradas sobre el mismo papel de texto, lo que indica que la cartulina en aquella época aun estaba poco en uso.

Discurriendo sobre el origen de este precioso libro, créese que, siendo la ermita del Coll del Alba en los siglos pasados una dependencia de la catedral, es muy probable que el cabildo de la misma, que contaba antes con poderosos elementos y que proveería á la sacristía de la ermita de todo lo necesario, le dió este misal, que sería regularmente como los otros que habría en la catedral.

Pero aquellos fueron destruidos por el uso continuo, y éste, como apenas se ha usado, se halla en perfecta conservación, siendo una verdadera maravilla que no haya desaparecido en tantos sucesos por que atravesó.